

# El hombre y lo sagrado

**ROGER CAILLOIS**



SECCIÓN DE OBRAS DE SOCIOLOGÍA

---

EL HOMBRE Y LO SAGRADO

Traducción de  
JUAN JOSÉ DOMENCHINA

ROGER CAILLOIS

EL HOMBRE  
Y LO SAGRADO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en francés, 1939  
Primera edición en español, 1942  
Segunda reimpresión, 1996  
Segunda edición (70 Aniversario), 2004  
Tercera edición (Sociología), 2006

---

Caillois, Roger

El hombre y lo sagrado / Roger Caillois ; trad. de Juan José  
Domenchina. — 3ª ed. — México : FCE, 2006

168 p. ; 21 × 14 cm — (Colec. Sociología)

Título original *L'homme et le sacré*

ISBN 968-16-1523-9

1. Ritos y Ceremonias 2. Religión — Sociología I. Domenchina,  
Juan José, tr. II. Ser III. t

LC BL60

Dewey 291 C134h

---

### *Distribución mundial*

Comentarios y sugerencias:  
[editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)  
[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)  
Tel. (55)5227-4672 Fax (55)5227-4694



Empresa certificada ISO 9001:2000

Título original: *L'homme et le sacré*, Presses Universitaires de France

D. R. © 2006, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra  
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,  
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,  
sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN 968-16-8181-9 (tercera edición)

ISBN 968-16-7343-3 (segunda edición)

ISBN 968-16-1523-9 (primera edición)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

## ÍNDICE

Prólogo, 7

I. Relaciones generales entre lo sagrado y lo profano, 11

II. La ambigüedad de lo sagrado, 27

*Santidad y mancilla*, 28

*La polaridad de lo sagrado*, 37

*Cohesión y disolución*, 46

III. Lo sagrado como fuente de respeto: teoría de las prohibiciones, 57

*La organización del mundo*, 58

*Leyes santas y actos sacrílegos*, 80

*Jerarquía y lesa majestad*, 89

IV. La transgresión sagrada: teoría de la fiesta, 101

*La fiesta, apelación a lo sagrado*, 102

*La recreación del mundo*, 113

*Función del desenfreno*, 120

V. Lo sagrado, condición de la vida y puerta de la muerte, 137

Apéndice. Lo sagrado según los ritos sexuales de purificación  
de los tongas, 149

Bibliografía, 165



## PRÓLOGO

En el fondo, y de un modo general, lo único que puede afirmarse valederamente a propósito de lo sagrado se halla contenido en la misma definición del término: que se opone a lo profano. En cuanto uno se consagra a precisar la naturaleza, la modalidad de esta oposición, se tropieza con los más serios obstáculos. Ninguna fórmula, por muy elemental que sea, es aplicable a la complejidad laberíntica de los hechos. Considerada desde una cierta perspectiva, se ve burdamente desmentida por un conjunto de realidades que se ordenan de acuerdo con otra. ¿Sería acaso necesario empezar por un sinnúmero de monografías acerca de las relaciones entre lo sagrado y lo profano en cada sociedad? Esto supone el trabajo de muchas vidas, si la investigación abarca un número suficiente de casos particulares. Y entraña el riesgo de llegar a generalizaciones muy peligrosas, si se desarrolla de modo incompleto. En estas condiciones, me he resignado a describir únicamente *tipos de relaciones*. Era lo más sincero, aunque no lo más prudente. Con esto, el aspecto esquemático y dialéctico de la obra se acentúa indudablemente hasta el extremo; he sido ambicioso por necesidad: no pudiendo emprender el estudio de la inagotable *morfología* de lo sagrado, me he visto en el caso de intentar exponer su *sintaxis*.

Es preciso ahora conjurar, confesándolo sin ambages, lo que hay de burdo y engañoso en semejante empresa. Las descrip-

ciones se relacionan con hechos precisos, seleccionados entre los mejor establecidos y más característicos; pero, fuera de su contexto, del conjunto de creencias y de conductas de que forman parte y que les prestan su sentido, apenas son más que abstracciones. Pierden la mayor parte de su valor concreto. De igual modo, las conclusiones no son valederas para el término medio de los hechos (no existe un término medio de los hechos). Constituyen en cierto modo los enunciados de reglas que nunca se aplicarían íntegramente, de reglas, para decirlo de una vez, que sólo comprenderían excepciones. Por ejemplo, no existe ciertamente ninguna fiesta que se explique del todo por la teoría que he esbozado acerca de la fiesta en sí. Cada una cumple una función precisa en un medio determinado. No creo, sin embargo, que la teoría resulte inutilizable. Indudablemente no suministra los valores de las variables; pero al menos se esfuerza en destacar la constante. Jamás he descrito las cerraduras ni las llaves que se ajustan rigurosamente a cada una de aquéllas. Sólo propongo llaves maestras. Este método no carece de inconvenientes y no nos exime en modo alguno, como es obvio, de recurrir en caso de necesidad a la *llave legítima*, es decir, de examinar el problema en sí y por sí.

Rudolf Otto es autor de un trabajo muy difundido sobre la parte “subjetiva” del asunto, es decir, acerca del sentimiento de lo sagrado. En él se analiza lo sagrado desde el punto de vista psicológico, de manera casi introspectiva, y casi exclusivamente bajo las formas que ha adoptado en las grandes religiones universalistas. En estas circunstancias, me he creído con derecho de eludir el abordar de frente este aspecto del problema, sin vedarme, no obstante, la referencia a él cada vez que me pareciera conveniente. Por lo demás, he seguido muy de cerca los trabajos de la escuela francesa de sociología. Espero no haberlos traicionado demasiado al tratar de coordi-

nar sus resultados. El lector verá, a medida que avance, todo lo que esta obra debe a las investigaciones y a las síntesis que han hecho ilustres los nombres de Durkheim, de Hubert y de Hertz, como a las que Mauss, Granet y Dumézil están realizando con éxito. Nadie más indicado que Marcel Mauss para escribir un libro sobre lo sagrado. Todo el mundo está persuadido de que, de haberlo hecho, tal obra hubiera sido durante mucho tiempo *el* libro sobre lo sagrado. No se le puede remplazar sin riesgo y sin cierto embarazo en esta tarea. Por lo menos, atenúa mi inquietud el hecho de que mi trabajo aprovecha no solamente trabajos publicados por Mauss, sino también sus enseñanzas orales y, sobre todo, las indicaciones breves, sorprendentes y decisivas mediante las que sabe, en el curso de una simple conversación, hacer fecundos los esfuerzos de quienes le piden consejo. Especialmente, si en esta obra ocupa tanto lugar la noción de *ordo rerum*, esto se debe, de modo exclusivo, a Mauss. Me es imposible valorar con exactitud todo lo que adeudo a Dumézil; por muy amplia que sea mi valoración, siempre será más estrecha de lo que merece el guía que, en la historia de las religiones, me ha dirigido desde los primeros pasos, y más aún el amigo cuyas sugerencias y consejos han contribuido tanto a la realización de esta breve obra. Debo, por último, expresar mi gratitud a Georges Bataille; diría que en esta cuestión se ha establecido entre nosotros una especie de ósmosis intelectual que no me permite, por lo que a mí se refiere, distinguir con exactitud, después de tantas discusiones, cuál es su parte y cuál la mía en la obra que realizamos juntos.

No me he creído en el deber de eludir el llevar esta cuestión al plano metafísico. Me ha parecido que en el problema de lo sagrado existe un interés que es profundo y esencial en el hombre. Indudablemente, en tales trances he sobrepasado más de lo permitido los límites del conocimiento positivo.

Quizás algunos hubieran encontrado incompleta esta obra de no mediar tal imprudencia. Confieso que comparto su opinión. Que los demás no consideren con excesivo rigor lo que están dispuestos a juzgar como un extravío. Que no me lo tomen en cuenta: no creo que las diez últimas páginas de un libro basten para desacreditar las que les preceden cuando éstas han sido escritas sin doble intención, con la única preocupación de la objetividad, y con total independencia de una conclusión que no hacen sino preparar por la fuerza de las cosas.

31 de marzo de 1939

## I. RELACIONES GENERALES ENTRE LO SAGRADO Y LO PROFANO

TODA CONCEPCIÓN religiosa del mundo implica la distinción entre lo sagrado y lo profano, y opone al mundo donde el fiel se consagra libremente a sus ocupaciones, ejerciendo una actividad sin consecuencia para su salvación, un dominio donde el terror y la esperanza le paralizan alternativamente y donde, como al borde de un abismo, el menor extravío en el menor gesto puede perderle de manera irremediable. Sin duda alguna semejante distinción no basta siempre para definir el fenómeno religioso, pero al menos nos facilita la piedra de toque que permite reconocerlo con la mayor seguridad. En efecto, cualquier definición que de la religión se proponga, es sorprendente advertir que envuelve esta oposición entre lo sagrado y lo profano, cuando no coincide pura y simplemente con ella. Más tarde o más temprano, por mediaciones dialécticas o por comprobaciones directas, debemos admitir que el hombre religioso es ante todo aquel para el cual existen dos *medios* complementarios: uno donde puede actuar sin angustias ni zozobras, pero donde su actuación sólo compromete a su persona externa, y otro donde un sentimiento de dependencia íntima retiene, contiene y dirige todos sus impulsos y en el que se ve comprometido sin reservas. Estos dos mundos, el de lo sagrado y el de lo profano, sólo se definen rigurosamente el uno por el otro. Entrambos se excluyen y se suponen recíprocamente. En vano se intentaría reducir

su oposición a cualquier otra: se ofrece como un verdadero *dato inmediato de la conciencia*. Se la puede describir, descomponerla en sus elementos y teorizar sobre ella. Pero no está al alcance del idioma abstracto el definir su cualidad propia, como no lo está tampoco el formular la de una sensación. Así, lo sagrado aparece como una categoría de la *sensibilidad*. Verdaderamente, es la categoría sobre la que descansa la actitud religiosa, la que le da su carácter específico, la que impone al fiel un particular sentimiento de respeto que inmuniza su fe contra el espíritu de libre examen, la sustrae a la polémica y la coloca fuera y más allá de la razón.

“Constituye la idea-madre de la religión —escribe H. Hubert—. Los mitos y los dogmas analizan a su modo su contenido, los ritos utilizan sus propiedades, de ella procede la moralidad religiosa, los sacerdocios la incorporan, los santuarios, lugares sagrados y monumentos religiosos la fijan en la tierra y la enraizan. La religión es la administración de lo sagrado.” No podría señalarse con más vigor hasta qué punto la experiencia de lo sagrado vivifica el conjunto de las distintas manifestaciones de la vida religiosa. Ésta se presenta como la suma de las relaciones del hombre con lo sagrado. Las creencias las exponen y las garantizan. Los ritos son los medios que las aseguran prácticamente.

*Principales caracteres de lo sagrado.* Lo sagrado pertenece como una propiedad estable o efímera a ciertas cosas (los instrumentos del culto), a ciertos seres (el rey, el sacerdote), a ciertos lugares (el templo, la iglesia, el sagrario), a determinados tiempos (el domingo, el día de pascua, el de navidad, etc.). No existe nada que no pueda convertirse en sede de lo sagrado, revistiendo así a los ojos del individuo o de la colectividad un prestigio inigualable. No hay tampoco nada que no pueda ser despojado de ese privilegio. Es una cualidad que las

cosas no poseen por sí mismas, y que una gracia mística les concede. “El pájaro que vuela, le explicaba a Miss Fletcher un indio dakota, se detiene para hacer su nido. El hombre que camina se para donde quiere. Lo mismo sucede con la divinidad: el sol es un lugar donde ésta se ha detenido; lo mismo los árboles y los animales. Y se les reza porque así se alcanza el lugar donde se estaciona lo sagrado obteniendo su ayuda y su bendición.”

El ser u objeto consagrado puede no sufrir ninguna modificación aparente. Sin embargo, su transformación es absoluta. Desde ese momento la manera de comportarse con él sufre una transformación paralela. Ya no es posible utilizarlo libremente. Suscita sentimientos de terror y veneración, se presenta como algo prohibido. Su contacto se hace peligroso. Un castigo automático e inmediato caería sobre el imprudente lo mismo que la llama quema la mano que la toca; lo sagrado es siempre, más o menos, “aquello a lo que no puede uno aproximarse sin morir”.

Por lo tanto, el profano, en interés propio, debe cuidarse de una familiaridad tanto más funesta cuanto que el contagio de lo sagrado no es menos fulminante por su rapidez que por sus efectos. La fuerza oculta en el hombre o en el objeto consagrado está siempre pronta a propagarse fuera, a derramarse como un líquido o a descargarse como la electricidad. Por eso no es menos necesario proteger lo sagrado de todo roce profano. Éste, en efecto, altera su ser, lo despoja de sus cualidades específicas, lo *vacía* de golpe de la virtud poderosa y fugaz que contenía. Por eso se procura alejar de un lugar consagrado todo lo que pertenece al mundo profano. Sólo el sacerdote penetra en el supremo tabernáculo. En Australia no todos conocen el lugar donde están depositados los *churingas* u objetos sagrados; los profanos, o sea, los no iniciados en los misterios del culto cuyos instrumentos esenciales son esos ob-

jetos ignoran el emplazamiento exacto del escondite. Sólo lo sitúan aproximadamente y si algún quehacer los llama por allí prefieren dar una gran vuelta para evitar que el azar los lleve a descubrirlo. Entre los maoríes, si una mujer entra en el astillero donde se construye una canoa consagrada, se pierden las cualidades que se contaba dar a la embarcación: no tendrá condiciones para navegar; la presencia de un ser profano basta para alejar la bendición divina. Una mujer que pasa por un lugar sagrado destruye su santidad. Sin duda, en relación con lo sagrado, lo profano sólo presenta caracteres negativos: en comparación parece tan pobre y desprovisto de existencia como la nada frente al ser. Pero, según la feliz expresión de R. Hertz, es una *nada activa*, que envilece, degrada y arruina la plenitud respecto a la cual se define. Por lo tanto, conviene que un cerco absoluto aisle de modo perfecto lo sagrado de lo profano; todo contacto es fatal para entrambos. “Los dos géneros, escribe Durkheim, no pueden acercarse y conservar al mismo tiempo su naturaleza propia.” Por otra parte, los dos son necesarios para el desarrollo de la vida: el uno como medio en que ésta se desenvuelve, el otro como fuente inagotable que la crea, la mantiene y la renueva.

*Lo sagrado, manantial de toda eficacia.* En efecto, de lo sagrado espera el creyente todo el socorro y todo el éxito. El respeto que le muestra está hecho de terror y de confianza. Las calamidades que lo amenazan, y de las cuales es víctima, la prosperidad que desea o que le cae en suerte, se relacionan según él con un principio que trata de aplacar o de constreñir. Poco importa la forma que preste a este supremo origen de la gracia o de las penalidades: dios universal y omnipotente de las religiones monoteístas, divinidades protectoras de las ciudades, almas de los muertos, fuerza difusa e indeterminada que da a cada objeto su excelencia en su función, que acelera

la canoa, aguza las armas y hace nutritivo el alimento. Por muy perfecta o primitiva que se la imagine, la religión implica siempre el reconocimiento de esta fuerza con la que el hombre debe contar. Todo lo que él juzga puede ser su receptáculo, le parece sagrado, terrible y precioso. Y todo lo que no lo es, se le antoja, por el contrario, inofensivo, pero también impotente y desprovisto de atracción. Sólo se puede desdeñar lo profano, mientras que lo sagrado dispone, para atraer, de una especie de fascinación. Constituye a la vez la tentación suprema y el más grande de los peligros. Terrible, impone la prudencia; deseable, invita al mismo tiempo a la audacia.

En su forma primitiva, lo sagrado representa ante todo una energía peligrosa, incomprendible, difícilmente manejable, eminentemente eficaz. Todo el problema consiste en captarla y utilizarla a favor de los propios intereses, protegiéndose de los riesgos inherentes al empleo de una fuerza tan difícil de domar. Cuanto más importante es el fin que se persigue, más necesaria es su intervención y más peligrosa su puesta en marcha. No se la domestica; no se diluye ni se fracciona. Es indivisible y está siempre entera allí donde se halla; en cada parcela de la hostia consagrada se halla presente en toda su integridad la divinidad de Cristo, y el más pequeño fragmento de una reliquia no posee menos poder que la reliquia intacta. Que el profano se guarde de apropiarse esta fuerza sin precaución: el impío que acerca su mano al tabernáculo la ve desecarse y convertirse en polvo; un organismo no preparado no puede soportar semejante transmisión de energía. El cuerpo del sacrílego se hincha, sus articulaciones se endurecen, se retuercen, se quiebran; su carne se descompone, y muere pronto extenuado o entre convulsiones. Por eso se evita tocar la persona del jefe cuando se la considera sagrada. Y, como se verá, suelen destruirse sus vestiduras, la vajilla donde ha comido, los restos de sus alimentos; todo esto se quema o se en-

tierra. Nadie, excepto sus hijos, que comparten su santidad, se atreve a recoger el penacho o el turbante caídos de la cabeza de un jefe canaque. Se teme enfermar o morir.

*Función de los ritos y de las prohibiciones.* Por una parte, la contagiosidad de lo sagrado lo impulsa a derramarse instantáneamente sobre lo profano, corriendo así el riesgo de destruirlo y de perderse sin provecho; por otra, lo profano necesita siempre de lo sagrado y se ve empujado a apoderarse de ello con avidez a trueque de degradarlo y de aniquilarse a sí mismo. Por eso deben reglamentarse severamente sus mutuas relaciones. Ésa es, justamente, la función de los ritos. Unos, de carácter positivo, sirven para transmutar la naturaleza de lo profano o de lo sagrado según las necesidades de la sociedad; otros, de carácter negativo, tienen por objeto mantener al uno y al otro dentro de su ser respectivo, por miedo de que provoquen recíprocamente su ruina entrando en contacto en sazón inoportuna. Los primeros comprenden los ritos de *consagración* que introducen a un ser o a una cosa en el mundo de lo sagrado, y los ritos de *execración* o de *expiación* que, a la inversa, devuelven una persona o un objeto puro o impuro al mundo profano. Instituyen y aseguran la comunicación indispensable entre ambos dominios. Las prohibiciones, por el contrario, alzan entre ellos la no menos indispensable barrera que, aislándolos, los preserva de la catástrofe. Estas prohibiciones se designan generalmente con el nombre polinesio de *tabú*. “Se llama así, escribe Durkheim, un conjunto de prohibiciones rituales que tienen por objeto prevenir las peligrosas consecuencias de un contagio mágico, impidiendo todo contacto entre una cosa o una categoría de cosas donde se supone que reside un principio sobrenatural, y otras que no poseen ese mismo carácter o que no lo poseen en igual grado.” El tabú se presenta como un imperativo categórico negativo. Consiste